

### **Anillo Descifrador**

Al poco tiempo de que la pandemia llegó a nuestro territorio, alrededor de esta fecha el año pasado, las compañías farmacéuticas aceleraron a sus investigaciones sobre el coronavirus “máxima velocidad” para poder producir una vacuna. En estos tiempos el descifrar las estructuras de la proteína y del ADN del virus es relativamente sencillo. Mucho antes de que se desarrollen vacunas efectivas (aclaro que NO es mi función aquí el ofrecer un análisis ético sobre las diferentes líneas celulares o de los métodos de producción – varios análisis relevantes están disponibles en nuestra página web de la diócesis, así como otras fuentes), un anuncio de televisión circulaba declarando, “la Ciencia nos salvará.” Hmmm. Creo que, aunque si alguien cree que la ciencia nos “salva” a todos, depende de nuestra definición de “salvar.”

Si el ser salvado significa el ser preservados o restaurados a la salud natural, el continuar la vida humana tal y como la conocemos en esta tierra, y el dictar los valores y condiciones de esta vida en nuestros propios términos, entonces la ciencia tiene una gran ventaja para salvarnos. Sin embargo, yo creo que esa es una visión muy limitada del horizonte del entendimiento que a la vez puede llevarnos a devaluarnos a nosotros mismos – sin tomar en cuenta a Dios. San Juan Pablo II define el ser “salvado” como el ser liberado del mayor mal del pecado y de la muerte. El ser salvado significa ser sanado del rompimiento de la relación con Dios y de la renuncia a la vida divina y al amor que Dios quiere compartir con nosotros. El ser salvado significa el reconocer plenamente nuestra naturaleza humana, nuestro llamado y destino que se extiende más allá de este universo. Significa el permanecer dentro de la propia comunión de personas con

Dios, el ser amado y amar libremente, por siempre, y el vivir la inigualable paz y gozo que genera este amor. Significa el tener respuesta a todas nuestras preguntas (o al menos a las preguntas que tienen verdadera importancia para nosotros más allá de nuestra mera curiosidad), y en donde todas las paradojas, problemas y sufrimientos con los que vivimos tendrán finalmente sentido.

Por supuesto, en este sentido más pleno de “salvar,” los alcances de la ciencia no llegan tan lejos como nos lo anuncian. Solamente Jesús, cuyo nombre por sí mismo revela su identidad y misión, salva. Solamente la fe en Jesús y el poder del agua, sangre y Espíritu por el cual muere y resucita, nos pueden salvar. Solamente demostrando nuestra fe por medio de actos de amor hacia nuestro prójimo y una tenaz esperanza de que en Dios todo es posible podremos participar ahora mismo en la vida eterna con el Padre a la que Jesús nos da acceso por medio del bautismo, la Eucaristía y la vida de gracia. No existe una aplicación, un experimento, ni laboratorio que puedan reclamar los derechos de esta fórmula, ni la patente para producirla masivamente.

Al acercarnos a la Semana de Unidad Cristiana y a la Semana de Escuelas Católicas, mi punto no es el de apartarnos de la ciencia, pero el de reconocerla en la medida apropiada. La ciencia tiene la capacidad vital de contribuir con el proyecto humano-divino de redención y consciencia del Reino que Jesús nos ofrece. La nueva edición del *Directorio de la Catequesis* (DC) nos advierte que uno de los mayores retos en el caminar hacia una fe madura para los adolescentes y otras personas es la mala percepción de la relación entre la fe y la razón, la teología y la ciencia. Muchos tienen la falsa impresión de que hay un insuperable antagonismo fundamental, y por esto son atraídos por una cultura que se hace del lado de la ciencia presentándola como el máximo árbitro de toda la verdad y asumiendo la autoridad de determinar

la “realidad real.” No nos sorprenda que “la ciencia nos salvará” sea un canto de sirenas que seduce a algunos a abandonar la fe.

En un punto positivo, el *Directorio* reconoce muchas calidades de los científicos: “El hombre o la mujer de ciencia dan un apasionado testimonio del misterio; buscan la verdad con sinceridad, tienen naturalmente tendencia hacia la colaboración, la comunicación y el diálogo; cultivan un razonamiento correcto, profundo, riguroso; muestran cariño a la honestidad intelectual” (DC 358). Todas estas cualidades son disposiciones maravillosas a conectarse con la palabra de Dios, a descifrar nuestra experiencia en la “pista” de los varios círculos de vida a los que pertenecemos. Somos lo suficientemente desafiantes para examinar los fenómenos de nuestros propios corazones y sus infinitos deseos, y para entrar en el laboratorio espiritual de diálogo entre ateos, agnósticos, “nadas” (sin afiliación religiosa), y personas quienes confiesan alguna de las varias formas de fe cristiana. En esos diálogos, es una señal de respeto y de reconocimiento a la dignidad común el no eliminar a nadie del escenario o el ser tan escépticos de modo que no podamos escuchar y reflexionar verdaderamente sobre la perspectiva de alguien más. No debemos esperar que alguien parpadee o que evite las preguntas difíciles, ya que hay un gran precedente en la historia de la salvación: “Dios planteó preguntas a la humanidad, y requería una respuesta” (DC 157).

Debemos esperar que los católicos y otros creyentes cristianos sean humildes, valientes y temerarios en su creencia de que el Dios que creó el mundo y el Dios que salva no puede a fin de cuentas contradecirse a sí mismo. No debemos excedernos en explicaciones ni disculparnos por un Dios cuyo misterioso ser y cuya actividad salvadora trasciende nuestras preconcepciones y nuestras tendencias. Las personas de fe deben estar abiertas a una continua conversión de mentes y corazones de modo que aquello que profesamos y el cómo vivimos puedan tejer – una hermosa

armonía que sea atractiva, que dé testimonio y que no reprende ni lastima a aquellos que buscan algo o alguien en quien creer.

En mi costumbre clerical de leer lo que algunos sacerdotes llaman “la sección irlandesa de deportes,” conocida también como los obituarios, noté a un distinguido individuo quien falleció de COVID-19 en sus ochentas y a quien se describía como químico analista con entrenamiento médico, un hombre de firme fe luterana muy respetado tanto por sus compañeros científicos como por su iglesia y comunidad civil en general debido a sus múltiples actos de amabilidad y generosidad hacia los demás. Desearía haberle conocido durante su vida – estoy seguro de que las conversaciones nunca hubieran sido aburridas ya que, aunque no creo que alguien pudiera confundirlo con uno de los magos, debe haber sido un hombre verdaderamente sabio.

Él debe haber imitado al más sabio de todos los humanos, nuestro Salvador Jesucristo: “Jesús busca, encuentra y acoge a la gente en sus situaciones concretas de vida ... Él inicia a partir de la observación de eventos en la vida y en la historia, los cuales reinterpreta desde una perspectiva [de sabiduría]... Jesús hizo que la experiencia humana sea más llevadera al reconocer en ella la presencia y el llamado de Dios” (DC 198). Como lo dice un sabio, “Jesús interpreta a Dios en el lenguaje de la vida humana.” Y para una vida completa, tanto la ciencia como la sabiduría práctica son indispensables, aunque no son suficientes por sí solas. Porque a final de cuentas, a donde nos llevan la fe y la esperanza nos queda solamente el amor salvador de Dios.